

BIBLIOGRAFIA Y BIBLIOTECAS DE LA ESPAÑA VISIGODA EN LA EPOCA DE SAN ISIDORO *

La iglesia visigoda es una gloriosa excepción en medio de la decadencia general del Occidente en el siglo VII. Sus instituciones sobresalen por su disciplina y perfecto desarrollo. Su liturgia, exuberante en fórmulas de profundo contenido teológico; sus concilios de Toledo, con su formulación simbólica intachable y su legislación disciplinar que nutrió a las escuelas de la Edad Media; un grupo, finalmente, de figuras patristicas que ocupan un puesto de honor en la historia de la teología; revelan una época de florecimiento teológico que cierra brillantemente la edad patristica. Ninguna iglesia particular de Occidente ofrece un caso análogo. Italia había visto eclipsarse el último de sus Padres en San Gregorio Magno en los comienzos de ese siglo (604); los franceses, en continuas divisiones políticas, carecían de capital religiosa y de unidad disciplinar; los anglosajones, recién convertidos por San Agustín, hallábanse todavía muy a los principios de su organización; Germania había de alistarse en las filas de la catolicidad a fines del mismo siglo con San Bonifacio.

Un rápido examen comparativo entre las diversas iglesias, como el que presentan las *Tabulae fontium traditionis christianae*, de J. Creusen, S.I., y F. van Eyden, S.I., hará sensible este contraste, desde el punto de vista doctrinal.

Los límites cronológicos están señalados en dos acontecimientos que cierran como un paréntesis ese lapso de tiempo: la conversión de los

* N. de la R.: Es una conferencia, esbozo todavía para un capítulo de la proyectada *Patrología Española*, el cual llevaría el título de «Florecimiento teológico en la iglesia visigoda del siglo VII», y se compondría de tres secciones: A. Movimiento cultural [el tema de esta conferencia], B. Concilios de Toledo, C. Padres españoles. La falta de citas se explica por su provisionalidad.

visigodos al catolicismo, bajo Recaredo en 589, y la conquista de la Península por los árabes en 711.

I

Llegados a la Tarraconense los visigodos el 412 con Ataulfo, sucesor de Alarico y dueños, nominalmente al menos, de casi toda España y del sur de las Galias con Eurico en 466-485, sufrieron la influencia de la cultura greco-romana mucho más rápida y profundamente que los demás pueblos germánicos establecidos en las ruinas del Imperio romano. Sea cual fuere su causa, mayor flexibilidad de adaptación, preponderancia numérica menos acusada, o contacto más íntimo con el imperio en las largas peregrinaciones que les habían condcido de la Mesia inferior y del Bósforo hasta Burdeos, la Bética y el estrecho de Gibraltar, frente al Atlántico, este contraste distingue netamente a los visigodos de España de todos los reinos contemporáneos nacidos de las invasiones bárbaras y aun del del ostrogodo Teodorico, quien, sólo él entre los bárbaros, tuvo la idea de un estado modelado en la antigua Roma imperial. Ello explica, en parte, el espectáculo de este desarrollo intelectual y literario que en el siglo VII nos da la península Ibérica en medio del desconcierto o de la barbarie casi general.

La correspondencia que se establece entre los eruditos españoles de entonces abre amplios horizontes, raros en otras partes, y de gran interés para la historia de la literatura: revelaciones cuyo interés e importancia no estriba solamente en el contraste que ofrecen con el ambiente contemporáneo, ni con el trágico desquiciamiento de aquellas perspectivas prometedoras, sino que además adquieren un atractivo particular gracias a dos o tres circunstancias que conviene señalar. No son ya solamente los hispano-romanos quienes participan en este movimiento; personajes de raza visigoda, como el obispo Juan de Biclara, el rey Sisebuto y algunos de sus sucesores, toman parte en él. La sed de instruirse, con la curiosidad literaria y el deseo de aprender se manifiesta en todos. La situación geográfica de España añade un nuevo interés a este amor a la cultura en aquella época.

Es curioso observar cómo la península Ibérica, a pesar de su posición relegada a los confines del mundo greco-romano, revela en sus producciones literarias la mezcla de influencias tan lejanas y diversas, venidas, a veces, de países situados en el extremo opuesto del Imperio, y que las investigaciones contemporáneas no han llegado, todavía hoy, a descubrir completamente.

Varios de los personajes que entran en escena fueron al oriente griego, donde permanecieron algún tiempo, y vuelven trayendo libros nuevos: éste es el caso de Martín de Braga, de Liciniano de Cartagena, de Leandro de Sevilla. Otros ciertamente han tenido conocimiento de autores griegos no conocidos o no utilizados en general en Occidente. ¿Cómo se han conservado esas obras llegadas a las bibliotecas españolas? ¿De dónde provienen las alusiones que se encuentran? Asimismo, las relaciones con la Galia o con Africa propagaron en España libros y autores que no tuvieron después, durante mucho tiempo, posteridad literaria: un Tertuliano y un Claudio Mamerto, por ejemplo. Uno y otro desaparecidos muy pronto en la tradición, inspiraron visiblemente, y a veces de una manera anónima misteriosa, a Isidoro de Sevilla, Severo de Málaga, a Liciniano de Cartagena. Finalmente, autores tan relevantes como San Gregorio Magno y San Agustín, debieron de estar representados, a veces tardíamente, en la tradición manuscrita de España, por testimonios cuyo rastro sería interesante estudiar en las bibliotecas. Tanto más y cuanto que los acontecimientos del 711 cortaron o restringieron por todo un período las comunicaciones con el resto de la cristiandad, formando así, para los escritos patrísticos, una tradición manuscrita que presenta todas las probabilidades de ser independiente de la de los demás países: el caso de la Vulgata, con la Biblia de Teodoluo de Orleans, venido de España a la corte de Carlomagno, es un ejemplo típico de estas influencias peninsulares. Lo mismo pudiera decirse de los documentos litúrgicos y demás obras teológicas y ascéticas. Es un capítulo interesante de transmisión manuscrita en sus caprichosas peregrinaciones.

Se ve también que estas investigaciones en el intercambio epistolar de los eruditos no interesan únicamente a las bibliotecas de la España del siglo VII; su alcance no se reduce a una simple reconstrucción erudita directamente útil a la historia de los manuscritos; ellas revelan un estado de cultura y preocupaciones literarias que no son en forma alguna indicios de una simple decadencia intelectual, con harta frecuencia propuesta como la característica de la historia de España a partir de la caída del Imperio en 476. No sería ciertamente justo aceptar sin restricciones los elogios prodigados por Ozanam en sus *Estudios germánicos* ni las alabanzas del P. Tailhan, en un trabajo muy documentado sobre las bibliotecas españolas en los primeros siglos de la Edad Media. La lengua, el estilo y el gusto decaen; la versificación se hace artificial, la prosa adolece con frecuencia de falta de naturalidad, el nivel intelectual no es evidentemente ya aquel que suscitó un Séneca, un Lucano, un Dámaso o un Prudencio, y que hacía de las ciudades españolas, ya

en la época de Horacio y de Marcial, el paradero obligado de los libros vendidos la víspera en el mercado de Roma. En este sentido se puede admitir lo que dicen Monceaux, Bardy y Magnin cuando hablan de decadencia.

Pero tampoco puede echarse en olvido el otro aspecto del cuadro: el esfuerzo tenaz de los obispos y de algunos seglares por mantener la cultura intelectual, su entusiasmo por los libros y su actividad literaria, son los primeros resultados de este movimiento y su repercusión constante en la formación de la cultura medieval.

II

Lo primero que se advierte es que la preocupación literaria hace surgir en España, inmediatamente después de Genadio de Marsella, los primeros continuadores de San Jerónimo. Ninguno de ellos, fuerza es reconocerlo, alcanza las cualidades de Genadio, instruido y selecto sobre todo en la parte bibliográfica de su obra. Pero el hecho de que los principales continuadores, excepción hecha del enigmático Ponciano, utilizado verosímilmente por San Isidoro, pertenecen a la península Ibérica es ciertamente significativo, tanto más cuanto que es necesario esperar hasta bien pasada la época carolingia, es decir, hasta comienzos del siglo XII, para encontrar, con Sigeberto de Gembloux, muerto en 1112, la primera continuación de estos complementos literarios. En el siglo VII, en el espacio de ochenta años, España había ya producido cuatro o cinco. San Isidoro de Sevilla, San Ildefonso, San Braulio, San Julián, Félix, etc. Esto muestra la atención prestada a la bibliografía literaria por todo el grupo hispano-visigodo.

Que Isidoro de Sevilla se haya interesado por estas materias no nos debe extrañar mucho, pues era un lector y coleccionador infatigable. Sus *Etymologiae* nos dan una idea de la extensión de sus lecturas, aun en el caso de que hubiera que zanjar en sentido afirmativo el problema con tanta frecuencia discutido de la utilización de algunos florilegios; y su *De viris illustribus* tiene más de un dato personal que sin él se hubiera irremediablemente perdido. Pero no es Isidoro sólo. Su amigo y corresponsal Braulio de Zaragoza marcha por el mismo camino, y la forma con que lo lleva a efecto muestra sus preocupaciones bibliográficas, más aún quizás que la composición completa de una obra estrictamente personal: porque es, según parece, en forma de glosas y notas marginales en su propio ejemplar como él enriquece las nomenclaturas de Isidoro de Sevilla; después la transmisión manuscrita que aún no ha revelado

todos sus secretos (y hasta ahora la suerte no ha acompañado siempre a los investigadores) hace entrar estas notas en el texto mismo, como ha juntado también el catálogo llamado de Ponciano con el de Isidoro, sin sospechar la diversidad de origen.

El valor del catálogo de Isidoro reside sobre todo en los datos que suministra sobre los escritores de España.

En Ildefonso de Toledo, discípulo de Isidoro, como en Braulio, anterior a aquél, esta nota nacional, o mejor regional, predomina todavía más, porque las preocupaciones de historia literaria se mezclan esta vez con miras más utilitaristas: el interés de Ildefonso se concentra en el Obispado de Toledo, sede primada de España, que es necesario levantar a primer término. De los catorce *virii illustres* que suministra su catálogo, doce son obispos de Toledo, pero seis de ellos no han dejado ningún escrito: un solo escritor extranjero, el Papa Gregorio Magno, figura en su serie. Braulio, a quien completa Ildefonso cuando se trata de Isidoro, es mucho más preciso y completo; su *Elogio* contiene nueve piezas que no se encuentran en la nomenclatura de Ildefonso. Isidoro, Braulio e Ildefonso, el primero y último sobre todo, eran verosímilmente hispano-romanos. Pero el ejemplo de Isidoro arrastraría hombres de otra raza. Así Julián de Toledo, que es un judío convertido, de gran valor teológico, suministra una reseña literaria y biográfica sobre Ildefonso de Toledo, de quien él es segundo sucesor, y después de él, Félix de Toledo (693-698) en vísperas de la catástrofe final, añade otra sobre Julián. Después la historia literaria entra en un largo letargo. Es tanto más de lamentar cuanto que hay muchos escritores españoles, anteriores al siglo VIII, cuyas obras se han perdido, pero cuyo título poseemos. Gams lo dejó anotado hace ya sesenta años. Al alborear el siglo XII, con Sigeberto de Gembloux, es cuando la historia literaria volverá a florecer. Pero sus últimos representantes eran hijos de la España visigótica, y cuando el anónimo de Melk toma de nuevo la pluma hacia 1136, en Prüfenig, cerca de Ratisbona, como se puede creer, todavía es San Isidoro su modelo.

Estas historias literarias de la España visigótica, o mejor dicho, estas breves reseñas de historia literaria, son preciosas aun por lo que no contienen, puesto que nos dan noticia de los libros de que disponía la península Ibérica durante la época de su redacción. Por no citar sino uno o dos ejemplos, no se notará sin asombro el que San Isidoro no conociera *De Institutione divinarum litterarum* de Casiodoro, ni los *Excerpta* de Eugippio, extracto de San Agustín, dos libros diseminados durante toda la Edad Media de modo extraordinario. Si los hubiera conocido, hubiera transcrito las referencias sacadas de los *Excerpta* en el capítulo XXIII. Boecio tampoco figura en su *De Viris Illustribus*.

En cuanto a Draconcio, uno de los poetas cristianos más notables, el *De Viris Illustribus*, no hace mención expresa sino del *Exameron* y del *Laudes Dei*, mientras que más adelante las *Etimologías* también conocen la *Satisfactio*: Tiempos más tarde, Eugenio III de Toledo recibe el encargo del rey Sisebuto, que se preciaba de literato, de reeditar las obras del poeta, pero las bibliotecas de España no las tenían entonces más que incompletas, y el trabajo del editor no fue satisfactorio.

III

Sin que nos detengamos en poner de relieve los méritos y defectos de estas reseñas literarias, que han sido objeto ya de excelentes estudios y esperan todavía nuevas investigaciones en los manuscritos, a fin de precisar o rectificar los resultados, hay que hacer notar, desde luego, que el cuidado de las bibliotecas y de los libros era una de las preocupaciones que se nota entonces.

Se ha observado ya que la España visigótica recoge cuanto halla de bueno en todas partes. Su liturgia, cuyas fuentes no están aún unánimemente establecidas, toma sus elementos de uno y otro lado. Su literatura teológica, sobre todo la de los concilios toledanos de los siglos VI y VII, superior con mucho a todo lo que se encuentra en otras partes en punto a formulación trinitaria, ha explotado mucho a los africanos y a los galos, como Agustín, Fulgencio, Hilario y Tertuliano. Los literatos de la época de Isidoro nos muestran las ambiciones de bibliófilos, en hombres de Iglesia o de palacio que quieren instruirse. Esto es tanto más de notar cuanto que la Roma Pontificia —la gran proveedora de libros para las Galias, Bretaña y los países germánicos— no tiene entonces con la península Ibérica sino relaciones poco frecuentes, a causa de que las rutas del mar se hallaban con frecuencia interrumpidas por los vándalos y la piratería.

Cuando se considera el impulso de las bibliotecas de España en el siglo VII, el nombre de San Isidoro de Sevilla ocupa en seguida el primer puesto. Reunió no pocos volúmenes, incluyó en sus *Etimologías* indicaciones teóricas e históricas sobre bibliotecas, se mostró ardiente y avisado coleccionador; describió el tesoro de libros que constituían la riqueza de su residencia episcopal de Sevilla, compuso para cada una de las secciones una serie de dísticos reconocidos generalmente por suyos, y sobre todo, sacó asombrosamente provecho de todos los autores antiguos, originales o de florilegios, que había reunido en su biblioteca.

Baste haber recordado en estas notas sus títulos de gloria universal-

mente reconocidos para hacer de él uno de los nombres más ilustres de la historia de las bibliotecas.

No es tan conocida la parte de la correspondencia de Isidoro que trata de libros. Nada más sugestivo para apreciar este afán de libros y de cultura que la colección de unas cuarenta cartas que forman el *Epistolario* de uno de sus mejores amigos, Braulio de Zaragoza. Se conocían ocho durante el siglo XVIII, a las que la celebridad de San Isidoro habían asegurado la supervivencia, porque son cartas cruzadas entre los dos amigos. Un hallazgo feliz permitió a Manuel Risco, O.S.A., añadir treinta y cinco más, transmitidas por un antiguo manuscrito gótico de la catedral de León. El intercambio epistolar entre Braulio e Isidoro trata casi exclusivamente del envío de libros de su biblioteca, o mejor dicho, del envío de las *Etimologías* de San Isidoro. De las ocho, una sola carta es excepción, la última, que se reduce a un billete de San Isidoro que tiene por objeto pedir oraciones.

La serie, que parece clasificada cronológicamente, puesto que a Braulio, en un principio Arcediano, desde la tercera epístola se le da el título de Obispo, comienza por una petición de San Isidoro que ruega a su amigo le envíe la sección de las *Enarrationes in psalmos* de San Agustín, que comprenden desde el salmo 51 al 60.

Es interesante observar que, sea cual fuere la lectura que se adopte, *cognitam* o *cognitum*, San Isidoro se ponía entonces en contacto por vez primera con esta parte de las *Enarrationes*, cuando habían pasado casi dos siglo desde la muerte de San Agustín. Simultáneamente envía a su amigo sus *Sinónimos*, *Synonymarum libellum*, que convierte en un libro de edificación una obra de gramática, y que en seguida obtuvo éxito bastante para nutrir con párrafos suyos una antología devota, que un papiro del siglo VII, conservado en la Biblioteca de la Ciudad de San Galo, con el número 226, ha hecho llegar hasta nosotros.

La carta siguiente anuncia a Braulio el envío de un *Quaternionem regularum*, en donde algunos han querido ver el *Liber Regulae Pastoralis* de San Gregorio, que le lleva un dignatario llamado Maurention. El plural *regularum* no arguye nada en contra de esta interpretación, puesto que en esa forma *Liber regularum* se expresa por dos veces Liciniano de Cartagena en su carta al mismo Gregorio. Sin embargo, parece que se trata más bien del *Monasticae regulae librum unum* del mismo Isidoro que Braulio menciona en su catálogo, y cuya brevedad se adapta mucho mejor al *Quaternionem* que la *Regula pastoralis*, que es más larga. La carta de Braulio que pone a continuación y las cuatro siguientes, hasta la séptima inclusive, están casi por entero consagradas a las *Etymologiae*. La súplica que hace Braulio (3.^a carta) muestra una

atención y una curiosidad muy viva: apenas llega a sus oídos que está acabado el libro, *quem iam audivimus consummatum*, ruega a su amigo que se le envíe. Añadiendo que le mande también las Actas de un concilio anterior. Después, una nota, un «*pittacium*», según la expresión de San Agustín, que con el mismo fin había enviado a San Isidoro durante su permanencia en Toledo, se pierde con ocasión de una audiencia con el Rey, y Braulio, aludiendo a este pequeño incidente en su 5.^a carta, renueva sus instancias con una tenacidad y una solemnidad en la expresión que nos descubren al bibliófilo apasionado. Su petición se convierte en queja; sus reclamaciones adoptan un tono solemne, porque está ya en el séptimo año de decepción: *Septimum ni fallor annum tempora gyrant!* Otros muchos poseen ejemplares, estropeados ya por el uso, y él no tiene ninguno todavía. Necesita uno, bien copiado, completo, corregido, ordenado.

Ahora la petición de Braulio surte su efecto: acosado por las súplicas de su amigo, aun estando en pleno concilio de Toledo y en la corte del Rey Sisebuto, Isidoro, a pesar de estar de viaje, envía por fin a Braulio un ejemplar, sin corregir por falta de tiempo, y junto con él otros varios manuscritos, que por desgracia no nombra. Pero la extensa reseña que hace Braulio de los escritos de San Isidoro permite creer que se trataba principalmente de un envío de sus propios escritos. La carta siguiente, la séptima, que viene a ser una sencilla dedicatoria, apenas añade nada, pero la tradición manuscrita no se atreve a fijar quién sea el destinatario de la misma: los testimonios mejores designan al rey Sisebuto, más bien que al mismo Braulio, como lo manifiesta con su aparato crítico la edición Lindsay. La dedicatoria al rey, resultado de una promesa, *sicut pollicitus sum*, muestra una vez más el interés que inspiraban los trabajos literarios a la monarquía visigoda. Este ejemplar *inmendatus* de las *Etymologiae* que Isidoro llevaba entre su equipaje sin haberle revisado, con la intención de que se le corrigiera su amigo, y del que se trata en la carta escrita desde el concilio de Toledo con fecha de 633, ha originado no pocas inquietudes en la transmisión textual: Isidoro no tuvo tiempo de dar a su obra la última mano: aun el orden de los veinte libros fue Braulio quien lo fijó, hablándonos ya antes de su episcopado de «*libros emendatos, integros et bene coaptatos*». Su deseo no se realizó y las tres familias de manuscritos, que establece Lindsay en su edición, muestran las muchas variantes que existen en la transmisión del texto desde los siglos VIII y IX.

Por lo demás, no era únicamente a las *Etymologiae*, ni aun a las obras de su amigo Isidoro, a las que se limitaba el ardiente deseo del obispo de Zaragoza.

IV

A un abad amigo suyo, llamado Emiliano, le pide una copia del comentario de Apringio sobre el Apocalipsis (carta XXVI); a Tajón, su sucesor en la sede de Zaragoza y por entonces sacerdote y abad, le insta para obtener los volúmenes de Gregorio Magno con dificultad traídos a la sazón de Roma, que eran hasta entonces desconocidos en España (carta XLIII). Su correspondencia nos manifiesta el interés que se toma por cualquier libro, al mismo tiempo que nos da a conocer las aficiones de sus correspondientes. De ellos, los que tienen biblioteca, no todos son obispos: así Iactatus, que lee asiduamente «a San Agustín, su amigo, a S. Jerónimo, a S. Hilario y a otros doctos autores», es solamente sacerdote, pero posee un cierto número de libros (carta IX); Apicella es una mujer que acaba de enviudar, y a la que envía los libros de Tobías y de Judit (carta XVI); Fructuoso es un sacerdote que lee a Jerónimo, aunque sin encontrar en él la solución de sus dificultades escriturarias, y que se empeña en aumentar la Biblioteca con un volumen completo de las *Collationes* de Casiano, de las que sólo posee una parte (carta XLIII). Por otra parte, con relación a sus correspondientes, Braulio hace casi el papel de editor de libros o de proveedor de bibliotecas. Los libros de Tobías y de Judit los había hecho copiar para otro destinatario, y no para Apicella, y sin embargo se los manda a esta última.

Habían oído que poseía ejemplares dobles: «*Codices... scriptos duplices non inveni*», a él se acude para sacar copias o hacerse con algún pergamino, y cuando él no puede satisfacer el pedido de uno de sus amigos, le manda dinero para pagar la adquisición. Las muchas preguntas que se le hacen muestran bien clara la estima que se tiene de su ciencia bíblica y teológica; y al mismo tiempo con esas cuestiones crece la fama de su biblioteca, en la que él encuentra respuestas «*ex priscorum Patrum scriptis*» y se informa fácilmente de sus lecturas: «*de hac quaestione fateor me et alios tractatores ecclesiasticos legisse*» (carta XLIV).

Las citas y alusiones a escritores eclesiásticos se agolpan a su pluma lo mismo que las de autores profanos, como Esopo, Horacio, Virgilio, Terencio, Ovidio, etc.

El estilo, correcto en general, a menudo exquisito, recortado a veces en frases excelentes, por ejemplo en la carta XII, revela una formación clásica de un nivel muy elevado; pero no es fácil asegurar que todos los autores por él citados se encontraran en su biblioteca; porque el

verso atribuido a Terencio, que él aducía una vez con el nombre de su autor y otra con la simple mención de un «quidam», no puede denotar una lectura personal del poeta; porque el verso no es de Terencio, sino de una adaptación de un texto de San Jerónimo, inspirado en el «Arte Poética» de Horacio.

Lo que no deja de tener interés es la naturaleza de ciertas indicaciones particulares. Así, recomienda a Fruminiano, abad de un monasterio, que haga copiar cuidadosamente un comentario de las Epístolas de San Pablo, no dando al principio todo el texto y luego el comentario, sino poniendo la explicación seguidamente de cada grupo de textos; para lo cual debe empezar el copista por leer atentamente el ejemplar que él le manda, y restablecer cada cosa en su sitio, hasta las explicaciones añadidas al margen, hechas al dictado (carta XIV). Tiene cuenta con la corrección de textos y con su crítica: «forte mendosi codicis aut librarii error est» (cartas XXXVIII-XLI): trabajo penoso y difícil del que se queja «porque hubiera sido cosa más fácil escribir de nuevo toda la obra que no el corregirla». Hubiera sido curioso saber en qué principios se apoyaba su corrección: ¿era una simple corrección subjetiva, debida a la sagacidad personal de Braulio, o disponía de un buen modelo para guiarse? En todo caso, el rey agradeció al viejo corrector el haber hecho legible su manuscrito con «*versuum additamenta vel litterarum abolimenta*» (carta XXXVIII) y el haber reunido con gran inteligencia en un volumen correcto, bajo títulos apropiados, los extractos que pudo confrontar con los originales (cartas XL y XLI). Pero esto induce a sospechar cierta libertad en el manejo de los textos.

Merecen señalarse además algunos otros rasgos dispersos. Es el ardor de todo este grupo de obispos, de sacerdotes y de seglares, que no son todos hispano-romanos, por instruirse e instruir a los demás. Fructuoso suplica a Braulio no le desprecie demasiado, a pesar de su aislamiento en la extremidad del Occidente: «*Occidentis tenebrosa plaga*» (carta XLIII), y Braulio le responde enumerando los hombres ilustres y sabios salidos de ese rincón de tierra civilizado por los griegos (carta XLIV). Las preguntas hechas a Braulio por sus correspondientes suponen una biblioteca bien provista y muestran al mismo tiempo la curiosidad científica de que están animados. Se ve también que los volúmenes no permanecen sin ser utilizados en los armarios de la biblioteca, porque Braulio se queja de que le han robado su ejemplar de Casiano. Se puede notar todavía que los enunciados trinitarios tan netos y desarrollados de algunos concilios de Toledo de fin del siglo VII, que por entonces no tienen paralelo en ninguna parte y que siguen una línea media entre la manera del *Quicumque* y la de Boecio, sin que se

haya podido encontrar hasta ahora ningún vestigio de dependencia respecto de la dialéctica boeciana, arguyen una reflexión teológica muy elevada, alimentada por un contacto asiduo con los escritos de los Padres, sobre todo de San Agustín.

Mirados bajo el prisma biblioteconómico, los datos suministrados por la correspondencia de Braulio hacen suponer un conjunto de volúmenes imponente: además de lo que se puede deducir de los detalles arriba enumerados, a propósito de las consultas, de sus preguntas a sus amigos y de las respuestas de éstos, se tiene el testimonio del mismo Braulio, que habla en su prefacio de la *Vita S. Aemiliani Confessoris*, de una «*Strues librorum*» que hace falta remover para encontrar un librito perdido. Porque, y tenemos aquí otro rasgo de la finosomía de las bibliotecas en este momento: allí falta el orden, y por consiguiente, los volúmenes se pierden fácilmente, como las obras de Casiano, cuya desaparición, según Braulio, es completa: «*subtractos eos de armario nostro animadverti*», y él no tiene tiempo de buscarlos en aquel momento: «*inquisitionem occupatio tulit. Sed si Deus voluerit et vita comes fuerit, est spes eos inveniendi et vobis mittendi*». No se sabe, por falta de correspondencia epistolar ulterior, si se pudo realizar la esperanza tímidamente expuesta por Braulio. Peor suerte corrió el ejemplar de la obra de Apringio.

Tratábase del comentario de Apringio sobre el Apocalipsis, alabado por San Isidoro, y que Braulio no logra encontrarlo en su biblioteca. Acude entonces a su amigo, el presbítero Emiliano, para pedirle un ejemplar que él pudiera transcribirlo; y que en caso de no tenerlo, se dirigiera Emiliano mismo al «conde» Lorenzo, quien poseía seguramente un ejemplar en su biblioteca, Braulio se lo había visto no hacía mucho tiempo (carta XXV). Pero la búsqueda resultó infructuosa. En la biblioteca de Emiliano «*omnino iste codex inveniri non potuit*», y en la del conde Lorenzo, que estaba entonces en pleno desorden, «*res in dispersionem venit, nihil inde investigare potuimus*» (carta XXVI). He aquí tres bibliotecas en desorden de que da testimonio el legajo epistolar de Braulio. Tal vez varios siglos el ejemplar permaneció perdido; porque aun en nuestros días no se ha logrado añadir nada a la tercera parte, próximamente, de esta obra, que se conserva gracias a un manuscrito incompleto de Copenhague, del siglo XI o XII. Un cuidado más ordenado de las bibliotecas visigodas hubiera permitido a los volúmenes de Braulio, Emiliano y Lorenzo pasar sin tanto quebranto por la tormenta de la ocupación árabe, facilitando la transcripción de varias copias antes de este acontecimiento.

El antiguo proverbio *libro prestado, libro perdido*, de aplicación tan

funesta en ciertas bibliotecas, no parece que lo ignorara Braulio de Zaragoza; en este pensamiento se inspira, aleccionado sin duda por una dolorosa experiencia, cuando escribe un tanto solemne a Tajón que los volúmenes pedidos para su transcripción le serán expedidos en cuanto diere término a su labor: «*credat mihi certe caritas tua, codices istos reddam quo tempore institueris*», y algo más tarde vemos a Tajón de Zaragoza exigir lo mismo de Quirico de Barcelona a propósito del volumen de sus *Sententiae*.

V

Algunos contemporáneos de Braulio y de Isidoro nos han dejado también algunos datos dispersos en sus obras y útiles para confirmar o completar algunos rasgos del cuadro: sobre todo Leandro de Sevilla y Liciniano de Cartagena.

Liciniano, obispo de Cartagena (582-602), en esa parte de España conquistada por Justiniano, había vivido algún tiempo en Bizancio y allí fue donde murió. Estaba en continua comunicación con Gregorio M., a juzgar por el contenido de su segunda carta, caso tanto más interesante cuanto que las relaciones entre España y Roma no han dejado mucho rastro en los documentos epistolares ni en los anales de los Papas hasta ahora publicados. Esta carta confirma el éxito inmediato que obtuvo la *Regula Pastoralis* del Papa: lo cual inspira a Liciniano el deseo de recibir también los otros escritos de Gregorio, especialmente los *Moralia* sobre el libro de Job.

La penetración de estos *Moralia* de San Gregorio en España es muy curiosa. A su paso por Cartagena, de vuelta de Roma, Leandro no tenía los *Moralia* sino en forma de homilías, y en este estado se los había mostrado a su amigo Liciniano. Pero más tarde el Papa refundió su primer plan y publicó todo en un volumen, lo cual había confiado a Leandro en su carta sobre la triple inmersión del bautismo. En cuanto a Liciniano, la noticia que tiene de otros escritos de Gregorio no le llegó sino por la mención que de ellos hace la *Regula Pastoralis*. Merece también destacarse el grupo de los cuatro doctores de la Iglesia presentado por Liciniano como fruto de sus lecturas. Es uno de los más antiguos que se posee y que pone juntos griegos y latinos: *Antiqui patres, doctores defensoresque ecclesiae Hilarius, Ambrosius, Augustinus, Gregorius*. Se advertirá el nombre de San Hilario, que tuvo desde el comienzo un éxito real en España, como lo testimonian las obras de Gregorio de Elvira. La mención de Ambrosio y de Agustín es natura-

lísima y frecuente por todas partes. La de Gregorio Nacianceno es rara. Lo que sigue alude a los acontecimientos, o quizás al discurso mismo, *De fuga sua*, y no puede designar sino a Gregorio Nacianceno, de cuya obra Liciniano debió tener noticia porque estudia su estilo y saca de ella una cita.

La mención del trabajo de San Hilario como traductor de las homilías de Orígenes sobre el libro de Job, es digna de interés en Liciniano. La obra debió de estar hacia el año 600 en España, porque aun cuando no se quiera tomar al pie de la letra las palabras *habemus sane*, hay que reconocer, por otra parte, que la breve descripción expuesta por Liciniano, que no es simple repetición de los textos de San Jerónimo ni de las fórmulas de Gregorio el Grande que él no leyó, acusa un conocimiento personal de la obra: «*libellos sex... quos de graeco Origenis in latinum vertit* (San Jerónimo escribe siempre *transtulit*) *sed non omnis secundum ordinem libri sancti Job exposuit*».

Además, el conocimiento personal de los escritos que él cita parece ser regla habitual en Liciniano. Así, conoce a Claudio Mamerto, cuya traducción manuscrita habría de quedar al poco tiempo tan pobremente representada. Nuevo indicio de la riqueza relativa de las bibliotecas españolas en aquella época y de las relaciones de orden literario existentes entre la Galia y la península Ibérica. La misma carta de Liciniano muestra también la frecuencia de envíos de libros entre los eruditos de España: la falta de tiempo, *angustia temporis*, se opone a veces a la copia de los volúmenes. El uso habitual de los escritos contenidos en su biblioteca hizo de Liciniano un hombre instruido y sabio: se inclina con firmeza hacia la absoluta incorporeidad del alma humana, lo cual no fue tan ordinario durante siglos enteros; y no duda en rechazar como obra falsaria una carta que se suponía caída del cielo y que uno de sus hermanos en el episcopado tuvo la candidez de recoger y leerla en público delante de los fieles.

Entre los entusiastas de Gregorio M. hay que contar a Liciniano, que deseaba vivamente poseer sus obras; a Tajón de Zaragoza, que había traído con trabajo de su viaje a Roma, según dice Braulio, «*studio ac sudore*», los volúmenes de San Gregorio que no se encontraban hasta entonces en España, «*codices qui necdum in Hispania erant*». Leandro de Sevilla, corresponsal él también del gran Papa y amigo suyo, «*dudum mihi in amicitiiis familiariter iuncto*», recibe directamente del Papa los *Moralia* sobre Job, que le son dedicados, y que Leandro poseía, como se ha visto anteriormente, en su primera redacción.

Sería interesante saber si la tradición manuscrita en las Bibliotecas de España ha conservado algún vestigio de esta doble presentación.

VI

Esta penetración en tierra española de los libros de Gregorio M., a los cuales Isidoro había tributado un elogio entusiasta, no está desprovista de interés para la tradición literaria de las obras del gran Papa. Así, Isidoro parece que no utilizó personalmente la *Regula pastoralis* para su catálogo, porque éste se inspira en la carta de Liciniano, y la división que hace de la obra en tres partes omite la cuarta; además, Gregorio había insistido en esta «*quadripartita disputatione*». Hemos visto igualmente más arriba cómo San Leandro poseía las primeras homilías sobre Job bajo una forma diferente de la obra finalmente editada por el mismo Gregorio y mencionada por Liciniano. De la misma manera, según las noticias españolas, el destinatario del *Liber regulae pastoralis* es diferente del que indican los biógrafos italianos y otros. Pablo Warnfried, Juan Diácono, la *vita Sangallensis* debida a un monje de Withby: éstos designan a Juan de Ravena, mientras que San Isidoro, seguido por Ildefonso de Toledo, ve en este «*Johanni coepiscopo*» a Juan de Constantinopla, y aun hoy día los historiadores no están todavía de acuerdo. Los datos de San Leandro son tanto más interesantes cuanto que son la base de más de un informe contenido en el *De viris illustribus* de Isidoro, entre otros de los relativos a Juan de Constantinopla (cap. 39) y sobre los *Moralia* (cap. 40) de Gregorio. Liciniano de Cartagena no tiene a mano más que el *Liber regulae pastoralis* y pide directamente al Papa sus otros libros.

El caso de Tajón de Zaragoza, ya mencionado a propósito de Braulio, es acaso el que nos suministra la información más rica de parte de España. Había sido enviado a Roma para completar en España la obra literaria de Gregorio M., y un relato antiguo, sobre cuya autenticidad y veracidad existen muchas dudas, aduce precisiones, algunas de las cuales tienen todas las probabilidades de ser exactas; pero otras están manifiestamente poetizadas por el gusto de lo maravilloso que caracteriza a la hagiografía medieval. El anónimo de Córdoba nos lo ha transmitido, así como un antiguo manuscrito de la abadía cisterciense de Longpont, el cual resume en substancia el pasaje de la crónica rimada, y las antiguas ediciones de los *Morales* han conservado este relato. Lo cierto, porque lo sabemos tanto por Braulio (carta XLII) como por el anónimo de Córdoba, es que los *Morales* no eran ya conocidos en España en su totalidad; y Tajón de Zaragoza fue enviado a Roma por el rey Chindasvinto (a raíz de un concilio de Toledo que se había lamentado de la desaparición de estos libros) para buscar

en Roma esta preciosa obra, transcribirla y traerla a España. ¿Son exactos todos los detalles, sobre todo el de la vela y el sueño en la tumba de San Pedro, el cual le hace descubrir el volumen? Sería tal vez peligroso el afirmarlo. En todo caso, una carta (carta XLII) de Braulio atestigua el éxito de este viaje: «*tuoque studio et sudore de Roma huc sunt delati, ad transcribendum, ocius mittas*».

Más todavía: se ha conservado una carta de Tajón a Eugenio de Toledo, que da cuenta de sus esfuerzos y de sus tratos: en Roma, Tajón había interrogado minuciosamente a todos los supervivientes de la curia pontificia que habían conocido a Gregorio M.; buscó sobre todo sus obras no conocidas en España, especialmente los *Morales* y las *Homilias sobre Ezequiel*; después recorre todas las obras de Gregorio, «*percurri igitur omnia eiusdem monumenta librorum*», y reúne casi todos los pasajes que dan alguna explicación de la Biblia. En conjunto seis volúmenes: «*cuius rei quantitatem in sex codicibus... explere curavi*», cuatro de los cuales para el Antiguo Testamento, dos para el Nuevo. Este trabajo de Tajón es el fundamento de las *Sententiae* que él extractó a petición de Quirico de Barcelona, añadiendo algunos textos tomados de San Agustín; utilizó para esta redacción los seis volúmenes traídos de Roma.

La amplia y rápida difusión de estas *Sententiae* confirma una vez más la fama de San Gregorio Magno, pues los catálogos del siglo IX precisan que se trata de extractos *ex opusculis S. Gregorii*, y dan al mismo tiempo testimonio de la parte que se debe a la España visigótica en la elaboración de este género literario tan del gusto de la Edad Media. El renombre de la biblioteca apostólica, conocida como proveedora de libros para todo el Occidente, se manifiesta una vez más en la transmisión del relato de Tajón: no se pueden descubrir en Roma las obras que busca *prae multitudine aliorum librorum*.

VII

Las relaciones con Roma, a pesar de haber sido tan espaciadas, dieron, pues, como resultado un verdadero enriquecimiento de las bibliotecas. También la comunicación con Bizancio tuvo su repercusión en la historia literaria, pero los detalles de esta repercusión incontestable hay que adivinarlos más bien que contemplarlos a plena luz. Como Liciniano de Cartagena, Leandro vivió en Bizancio, como nos lo dice el mismo San Gregorio Magno: y esto tendió un lazo más de unión entre el Oriente griego y la España visigótica. Por lo demás, la conquista de

las costas marítimas de la Bética por Justiniano traía como consecuencia necesaria el reanudar las antiguas relaciones de carácter literario, aun después que Suintila hubo reconquistado en 624 los territorios perdidos desde 554 bajo Atanagildo. De este modo el Código de Teodosio y las obras de los jurisconsultos romanos, sobre todo las *Sententiae* de Pablo, eran libros que debían encontrarse en tierras españolas, ya que la legislación se inspiraba en ellas en muchos de sus artículos, sobre todo en el derecho comercial, los contratos y el derecho de sucesión, ya mucho antes de la unificación del derecho debida a la generalización del *Forum iudicum* o del *Liber iudiciorum* visigótico a todos sus súbditos por Chisdasvinto (642-653), Recesvinto (654-672) y Ervigio (681-688). La situación jurídica de los súbditos del reino, atestiguada por un canon del concilio de Narbona de 599, muestra también que los sirios y los griegos no eran raros en tierras visigóticas.

El autor del *De vitis et miraculis Patrum Emeritensium*, un hispano-romano que escribía con corrección hacia mediados del siglo VII, tiene ya un horizonte demasiado restringido, según las tendencias de la hagiografía medieval, para proporcionarnos los datos que deseáramos. Pero también en ese autor se afirma la continuidad de relaciones de España con el Oriente griego, aun para la elección de los Obispos; pero no hace mención de libros ni de escritos. Su relato de la discusión de Masona de Mérida con el arriano Sunna, bajo el reinado de Leovigildo, habla, es verdad, de los volúmenes de la Biblia, *de sanctorum Scripturarum voluminibus et de prolatiis testimoniis*, pero sin más indicación; y al describir la educación clerical del sobrino de Masona por su tío Obispo, hace alusión únicamente a los libros sagrados empleando la palabra *bibliotheca* en el sentido antiguo cristiano para designar el conjunto de la Biblia: *omnemque bibliothecam Scripturarum divinarum perfectissime docuit*.

La discusión teológica del Obispo Sunna con el Obispo de Mérida no es el único caso de este género que se presenta; nos interesa por revelar otro aspecto de las antiguas bibliotecas de la España visigótica del siglo VII. Basta recordar la discusión, de orden más literario, del Obispo Vicente de Zaragoza, pasado al arrianismo, con Severo de Málaga, un hispano-romano, súbdito de Bizancio, que vivía bajo el emperador Mauricio (582-602). Las bibliotecas debían, pues, contener un cierto número de libros arrianos, y sería interesante saber bajo qué forma de tratados teológicos o de comentarios bíblicos propagan la herejía. Pero debe haber perecido casi todo, porque después de la conversión de la nación bajo los sucesores de Leovigildo, todos los libros arrianos fueron pasto de las llamas. Las pesquisas contemporáneas podrán, sin

duda, descubrir acá y allá algún que otro fragmento que salió incólume de la destrucción.

Las otras discusiones teológicas son fruto de las relaciones literarias entre la España visigótica y el Oriente griego o delatan la presencia en las bibliotecas de libros venidos de Bizancio y traducidos en latín, si no se utilizan en su lengua original. Pero para llegar a resultados concretos y seguros, se impondría un estudio minucioso de las fuentes. La documentación patrística de las decisiones teológicas de los concilios de Toledo nos dan desde este punto de vista datos preciosos. Los Obispos de Toledo merecen una especial atención, particularmente Julián de Toledo, que prodiga las palabras griegas hasta en el título de sus obras y que se defiende, apoyado en la tradición griega y latina, contra las sospechas de heterodoxo levantadas contra él en Roma. Poco antes que él, uno de sus predecesores en la sede de Toledo, Eugenio II, no había dudado, según el testimonio de Ildefonso, en destinar su libro, *De Trinitate*, a lectores de Lybia y del Oriente griego; pero la tormenta había acabado por desanimar a los viajeros que deben encargarse de llevar el volumen. Es éste otro caso muy interesante, pero que no nos proporciona datos ulteriores y que no hallamos ni siquiera un dato que pueda suplir la sobriedad de las indicaciones de Ildefonso acerca de las relaciones literarias que miran a la España visigoda con las otras partes del antiguo mundo romano.

VIII

Las fundaciones monásticas de la España visigoda evidentemente contribuyen en una extensión bastante considerable al enriquecimiento de bibliotecas. Dio el ejemplo el Abad Donato, formado en la ascesis monástica al lado de un ermitaño del Africa y desembarcado en España en compañía de setenta monjes que huían empujados por las incursiones de los bereberes. La fecha quizá se remonte a una época anterior a San Isidoro, ya que él tiene la gloria, según frase de Ildefonso, de haber introducido en España la práctica de la observancia monástica y de la regla. Afortunadamente, queda suplida la sobriedad de los informes cronológicos de Ildefonso por la crónica de Juan de Biclar, quien confirma por lo menos para el año 571 el hecho de la celebridad de Donato. Pero el detalle que nos da Ildefonso es interesante, porque Donato con sus monjes había embarcado junto con su equipaje una gran cantidad de libros —*copiosis librorum codicibus*—, que debieron formar el primer núcleo de la biblioteca del Monasterio Servitano, si-

tuado entre Cartagena y Sagoyete. Otro Abad de Africa, refugiado también en España, no siguió el ejemplo de Donato. Sería interesante saber qué obras contribuyeron a que esta remesa de libros reforzara tan directamente en España la tradición literaria africana. ¿Será ésta la fuente de donde se proveyó, para su exposición de los pecados capitales y su tratadito de la vida monástica, el sucesor de Donato, el abad Eutropio, mencionado por San Isidoro y por Juan de Biclar?

Las reglas monásticas, tanto para hombres como para mujeres, que salen a luz entre los siglos VI y VIII en la España visigótica tienen habitualmente un párrafo sobre la *Lectio*, y por consiguiente suponen la existencia de una biblioteca para las mujeres, lo mismo que para los hombres. Siguen en esto el uso general de las instituciones cenobíticas de aquel tiempo y se inspiran en Casiano y en San Benito. Notemos solamente la exclusión de libros apócrifos estipulada de uno y otro lado: lo que indica que las bibliotecas españolas no estaban desprovistas de ellos. Por lo demás, se sabe que los priscilianistas recurrían a ellos con gusto.

Pero entre los monjes merecen ser subrayados aquí dos nombres: el de Martín de Dumio o de Braga (515-580); el Apóstol de los Suevos, oriundo de Panonia, como su homónimo de Tours, y uno de los agentes más eficaces de la unión entre el Oriente griego y el extremo Occidente latino. Porque después de varios años de permanencia en Palestina, donde aprende el griego y comparte la vida monástica de los orientales, vuelve a Galicia hacia el 350, funda allí el monasterio de Dumio y, sin dejar de escribir libros, llega a ser obispo hasta su muerte en 580. Un estudio concienzudo de la obra de Martín de Braga exigiría el manejo de buen número de autores griegos y latinos. Baste recordar aquí que se inspira en Casiano y que plagia descaradamente a Séneca, lo cual no carece de importancia por la copia textual que hace de este moralista latino y porque ha sido causa de que se le atribuyan indebidamente otras compilaciones hechas a cuenta del mismo autor. Su colección de cánones supone también cierta abundancia de libros. Pero nada tan interesante, desde el punto de vista de la penetración de los autores griegos en Occidente, como las dos colecciones, *Aegyptiorum Patrum Sententiae* y *Verba Seniorum* o *Interrogationes et Responsiones Aegyptiorum Patrum*, una de ellas, traducida directamente del griego por él mismo, y la otra por uno de sus monjes. Los manuscritos de estas obras los trajo él del Oriente, lo cual hace suponer la presencia de otros volúmenes más en el equipaje del monje viajero.

Martín de Braga es un letrado que hace versos, un hombre de acción bien leído que sabe escribir y componer, hasta el punto de merecer

los elogios de Venancio Fortunato. El ermitaño Valerio es de otro temple; es un ermitaño quien, después de un sin fin de tribulaciones y persecuciones diabólicas, agrupó en torno de sí cierto número de monjes en su monasterio de San Pedro, en la diócesis de Astorga, y muere por los años 692-696. Pero ya como ermitaño se había aficionado a copiar libros, y había transcrito de propia mano *De lege Domini* y *Los triunfos de los Santos*, que un mal monje le arrebató. Esto no le desalentó: compuso y copió otros libros; sus recuerdos autobiográficos nos traen a la memoria más de una vez los ejemplos de los Padres de la Tebaida a quienes él conocía por sus lecturas; simpatizó con un clérigo llamado Máximo, gran copista de libros. Todo lo cual nos muestra el lugar que ya entonces dedica la vida monástica a la lectura y composición. El nombre del abad Valerio está asociado a la bibliografía patristica mucho más estrechamente de lo que antes se sospechaba, ya que poseía entre sus libros, sin que se sepa cómo ni de dónde, la *Peregrinatio Aetherae*, de que tanto se viene hablando estos treinta años, y su *Epistola de Echeria* (Egeria o Etheria) ha desempeñado un papel importante en la determinación del autor y de la fecha de esta obra.

Con este último ejemplo damos por terminado el recorrido de las bibliotecas visigóticas del tiempo de San Isidoro. Pudieran añadirse otros que engrosaran su historia. Lo que se desprende, así como de toda la historia literaria de la España del siglo VII, es la gran actividad intelectual, el deseo de aprender, de leer y de instruirse que anima a los obispos, a los monjes y a los seglares, hasta la víspera de la gran catástrofe. Con esto el alto clero se conquistó una superioridad manifiesta. Aun los reyes trataron de ser también ellos autores, y para mostrar el desvelo que tenían por los libros, Recesvinto primero y después Ervigio, llegaron a fijar el precio de venta del Código del derecho que ellos publicaron. Todo esto estaba lleno de promesas; el trágico fin de este corto período le da un interés mayor del que ya de por sí suscita. Gran parte de los tesoros acumulados había de perecer para siempre durante siglos de destrucción y de luchas sangrientas.